

*EL MOVIMIENTO REPUBLICANO
EN EUROPA*

POR

EMILIO CASTELAR

DON EMILIO CASTELAR tiene hoy unos cuarenta años de edad, y es el más conocido fuera de su patria de todos los españoles que hablan ó escriben sobre asuntos públicos ; era sin disputa, desde hace tiempo, entre los hombres políticos de la España actual, aquel que por su talento, su variada instruccion y su constante interes y simpatía por las glorias, las penas y las esperanzas de las otras naciones, estaba llamado á adquirir en el mundo una merecida popularidad.

La tiene ya sin duda alguna. Sus principios republicanos, proclamados desde sus primeros pasos en la vida pública y á que permanece firmemente adherido, han contribuido á hacer mayor y más fácil la extension de su reputacion, y le han abierto campo vasto y adecuado en esta república de los Estados Unidos de

Norte América,—la cual se compone de más de cuarenta millones de hombres que saben casi todos leer, carece hasta ahora de ese cultivo superior de las letras y las artes que es el producto natural del refinamiento del gusto, cuenta un número prodigioso de periódicos que buscan ansiosamente y comentan en cada hora del día las noticias que el telégrafo comunica de todas partes del mundo, y desde hace tres ó cuatro años repite con interes el nombre de Castelar, como el de un republicano sincero y ardiente, que sabe vestir con las galas de un arte exquisito, las ideas y principios políticos que son la vida, el modo de ser del pueblo norte-americano.

El mejor entre los diarios políticos de Nueva York, *La Tribuna*, lo cuenta como corresponsal, y ha anunciado el nombre de su colaborador, como un ornamento de su redaccion. La miscelánea mensual, que más circulación tiene en los Estados Unidos, *Harper's Magazine*, anunció desde principios de año, como una de las interesantes novedades que el periódico insertaría en el curso de él, una serie de artículos sobre « El Movimiento Republicano en Europa, » por EMILIO CASTELAR, *el elocuente hombre de Estado español*. Los dos primeros de esos artículos han aparecido; ha despertado en nosotros un interes nuevo y picante leer en inglés un trabajo inédito de Castelar, comparar la impresion anterior que teníamos de sus escritos en

castellano con estos artículos vertidos por otra pluma á una lengua extranjera, y despojados necesariamente de los colores brillantes de un estilo tan meridional y tan lleno de adornos como el suyo; y aprovechamos la curiosa oportunidad de hablar, con cierto aire de novedad, sobre el distinguido jefe de la minoría parlamentaria y republicana de las Córtes españolas.

Castelar ha aspirado á una triple gloria, y si hemos de creer á sus admiradores, los laureles del hombre de Estado, del orador y del escritor, se confunden en torno de su frente. En una época como la actual, en que la elocuencia política ha variado de carácter y no es ya el esfuerzo poderoso y apasionado para convencer en pocas horas á una reunion de hombres; en que la palabra ha venido á confundirse con la pluma, y los discursos, pronunciados ante trescientas ó cuatrocientas personas, son simplemente artículos que los periódicos reproducen al siguiente dia, para ser leídos por millones de suscritores, — es mucho más fácil ser orador que en cualquiera otra época de la historia; el orador y el hombre de accion no son ya necesariamente una misma cosa, como lo fueron en la antigüedad, como lo eran todavía, no hace un siglo, Chatham en Inglaterra y Mirabeau en la primera asamblea de Francia. La elocuencia parlamentaria se ha aproximado á la académica, de la cual ántes distaba muchísimo; y oradores, puramente académicos como Caste-

lar, han podido recitar sus párrafos rotundos y sus largas alegorías en asambleas políticas, porque la antigua clasificación del tono y el lugar, el *locus regit actus*, no se encuentra ya más que en los libros de retórica. Es ocioso, por tanto, si no del todo imposible, establecer la línea divisoria entre el orador y el escritor; pero en ningún caso más difícil que respecto del ilustre republicano á quien nos referimos: Castelar parece que recita sus artículos cuando habla, y que consigna al papel sus arengas cuando escribe sus artículos.

Esto explica la extraordinaria semejanza entre sus discursos y sus opúsculos políticos. La misma exuberancia de citas históricas, la misma monotonía declamatoria del estilo, la misma profusión de imágenes poéticas que se nota en los artículos, aparece en las oraciones improvisadas. No es así como generalmente han escrito los grandes oradores, aquellos mismos que han luchado contra la naturaleza del régimen político de las naciones modernas, aquellos como Guizot, como Thiers, como tantos otros, que *han aguzado* y afilado *en el mármol de la tribuna* un estilo que, aplicado á la lengua escrita, ha ganado inmensamente en claridad y precisión.

Lo decimos de una vez: Castelar, más que orador político, y mucho más que hombre de Estado, es un artista. Uno de los historiadores de la Revolución

francesa llama á los célebres Girondinos de la Convención « artistas extraviados en el campo de la política; » palabras que tal vez formen simplemente una frase y no expresen una verdad histórica; que á lo más pudieran aplicarse solamente á Vergniaud, el más notable del grupo, pero indisputablemente un orador, á pesar de su irresolución y su indolencia voluptuosa. Nosotros robamos esas palabras á Luis Blanc para aplicárselas á Emilio Castelar, en quien cuadran y ajustan perfectamente. Es un artista, un pintor de maravillosa facilidad, de la escuela de los buenos coloristas italianos, que prodiga los tonos brillantes de su paleta, y baña de rosado y azul celeste escenas y asuntos que lucirían mejor, trazados con sólo unas cuantas pinceladas vigorosas.

Necesítase más que eso, — mejor dicho, es preciso ser una cosa enteramente distinta, para merecer el nombre envidiable de hombre de Estado; para reunir las difíciles condiciones de voluntad y de prontitud de designio con que se gobiernan las naciones. Es verdad que Castelar ha hablado siempre desde los bancos de la oposición, pero las naciones se gobiernan lo mismo desde ellos que desde los asientos ministeriales; una oposición patriótica, sincera y enérgica ejerce sobre la marcha general del gobierno una influencia poderosa y saludable. Este es un axioma político que no necesita demostración, ¿Quién puede

negar, por ejemplo, que el elocuente tribuno inglés John Bright prestó servicios mayores á sus conciudadanos, é influyó más directa y eficazmente en la marcha de su patria, durante los largos años en que resonaba la magnífica bocina de su palabra desde el lado de la oposicion, que cuando despues entró á formar parte del gabinete y á oscurecerse en el puesto de ministro?

Es inútil, por tanto, buscar en él otra cosa que un literato; pero como tál, y como artista de forma, es acreedor á los mayores elogios. Su inspiracion, hablando ó escribiendo, es un raudal; su oido musical de una finura incomparable; su memoria nunca desfallece, y como su instruccion es en alto grado variada y completa, sabe agrupar nombres históricos é ilustrar sus pensamientos con magníficos ejemplos. Tenemos hoy delante de nosotros unos artículos en inglés, no traducidos por él mismo; de la mano del artista no queda más que el dibujo, y analizarlo ahora es como juzgar al Ticiano ó al Corregio sólo por las copias en acero de sus cuadros. En un escritor político y filosófico como Castelar debe sin embargo encontrarse algo superior á la forma, se encuentran las ideas, que importan mucho más; y unos artículos sobre el Movimiento Republicano en Europa han de ser la historia de una idea.

Por supuesto que lo ménos que debe desearse en

las producciones de un escritor de la naturaleza de Castelar, es método y claridad. Castelar escribe en prosa como otros en verso, á merced de la inspiracion del momento, cubriendo con metáforas, antítesis y alegorías la ausencia de la idea precisa, la falta de encadenamiento lógico en los racionios. Estos artículos, á pesar de su extension y de su título, son simplemente artículos de política militante, como los que aparecen diariamente en la primera plana de los periódicos de Paris, escritos rápidamente y con más aire de disertaciones de escuela que de otra cosa.

Tratan primero del estado de la Francia actual, hablan largamente de Víctor Hugo, de Lamartine, de Lamennais y sobre todo de Gambetta; para ello comienzan con un exordio, como los que habitualmente colocan los escolares á la cabeza de sus composiciones en las clases de historia, en que traza á grandes pinceladas la historia del universo, para *poder apreciar el movimiento republicano en Francia*. El exordio habla de todo, de Alejandro, de Alarico, de Carlomagno, de Gregorio VII, de las Cruzadas; establece á són de trompa principios tan nuevos y difíciles de probar como éste: — «la historia de los hechos es el eco de la historia de las ideas,» y este otro: — «es cosa muy difícil fundar la república sobre el suelo teocrático y feudal de la Europa;» — y despues de tan magnífico descubrimiento, advierte que sólo la América puede com-

prender lo vasto de los obstáculos que se oponen en Europa á la república. ¿Porqué? Porque la América carece de tradiciones y de ruinas en su suelo. Pues precisamente por eso es la América quien ménos comprende esos obstáculos; porque sólo los conoce de oídas, porque no puede haberlos visto y palpado como los que nacen sobre ese suelo, ni está acostumbrada á oírlos constantemente apostrofar y exagerar.

Estas afirmaciones vaporosas, que á la legua se comprende que vienen al correr de la pluma, sin antecedente ni consecuente, son un rasgo característico de los escritos de Castelar, y se encuentran á cada instante. He aquí la primera frase del exordio: «A despecho de los ejércitos de los reyes y de las excomuniones de los papas, la civilizacion moderna es democrática;» (1) un modelo de pensamiento sin valor ni solidez, y sin embargo el punto de partida de un trabajo de historia filosófica. ¿Son acaso los ejércitos de los soberanos y las excomuniones de los pontífices los únicos enemigos de la democracia? Del mismo modo pudieran haberse incluido en la enumeracion el rayo del cielo y las curvas parabólicas de los cometas. ¿Fueron estos obstáculos los que convirtieron á

(1) Como nuestras observaciones no se dirigen á la forma, sino á la idea que ésta expresa, creemos suficiente advertir aquí, una vez por todas, que traducimos esas frases del inglés, y que el Sr. Castelar no es responsable de las palabras.

la Francia, despues de la gran revolucion democrática de 1789, en el ejército entusiasta de un emperador, y los que devolvieron al catolicismo el prestigio que tenia perdido? No acertamos fijamente á comprender lo que Castelar quiere decir por medio de esta frase hueca y de puro efecto. ¿Aludirán por ventura sus excomuniones pontificales al *Syllabus* y demas decretos de Pio Nono? Pues ellas precisamente son las que han introducido hoy un cisma en la Iglesia, las que han arrebatado á la Curia Romana la mejor parte de su influencia en el mundo, las que han relegado á un rincon del Vaticano, sin un solo gobierno de Europa ni de América á su lado, al Gran Sacerdote que dirigia ántes la politica universal. ¿Referiránse, por el contrario, al poder teocrático de la Edad Media? No lo creemos; esta civilizacion democrática moderna apenas era entónces un presentimiento; y en aquella época terrible del derecho de la fuerza y del predominio de las castas por medio del principio hereditario, era la Iglesia Católica la única que, por su organizacion y su poder intelectual, sabia contener los excesos de la fuerza triunfante y desencadenada.

Lo mismo puede decirse de los ejércitos de los reyes, mencionados después. Pero no es nuestra intencion seguir este sistema de crítica al pormenor, tan enojoso como estéril, y sólo hemos querido marcar un defecto de las producciones del distinguido publicista,

demostrando la razón por que dijimos que compone su prosa como otros escriben versos. Cuando Castelar comenzó estos artículos no tenía quizás plan dispuesto, ni exordio indicado por consiguiente. La primera frase revela la confusión de su mente en ese instante; á medida que fué escribiendo, las ideas se ordenaron un poco más, y entró en el verdadero objeto de las dos primeras partes de esta disertación, que es un bosquejo del movimiento republicano en Francia.

La impresión final que dejan en el lector puede condensarse en dos palabras; son dos artículos escritos por un español y traducidos al inglés para el público norte-americano, pero ese español es simplemente *un frances más*.

Hay algo que admirar, bajo este punto de vista, en un hombre que, por el esfuerzo de un sentimiento poderoso de simpatía, logra asimilarse tan completamente las ideas, los sentimientos, y hasta las preocupaciones de otro pueblo, donde no ha nacido, ni vivido más que de paso. Es verdad que dadas las ideas y opiniones sociales y políticas de Castelar, se comprende que el español que las profesa ha de haberlas aprendido y cultivado en Francia ó en libros franceses, pues en España ni se han hecho esos ensayos de república ni ha habido escritores notables sobre tan interesantes cuestiones; pero el valor de la observación aun así permanece intacto, porque Castelar no sólo profesa

opiniones comunes á todos los republicanos franceses, sino también las expresa con el más inequívoco acento de sinceridad, y las confunde con errores y preocupaciones de casi todos ellos. Gustavo Flourens, el frenético tribuno que guió á los comunistas en el ataque contra Versalles, murió, según Castelar, asesinado. La columna de Vendôme, para él es un «cadalso en el que la Francia y la Europa fueron decapitadas por la infame política de los Césares;» sostiene que su demolición no fué un crimen, y de seguro no cree que fuese una puerilidad. Todos los franceses escogen generalmente un héroe de su gusto en el largo catálogo de los que figuran en la primera Revolución Francesa; para unos, como Luis Blanc, es Robespierre; para otros, como Lamartine, Vergniaud y sus compañeros de la Gironda; para muy pocos, Lafayette; para otros, en fin, ó Saint Just, ó Barnave, ó Madame Roland, ú otro cualquiera; para Castelar es Danton. Castelar cree, como todos los franceses, que el esfuerzo mayor de heroísmo de que hay ejemplo sobre la tierra es la lucha de los ejércitos republicanos de Francia contra la invasión extranjera á fines del siglo pasado; y aunque ese brillante episodio es una gloria indisputable de la Revolución, no parece recordar por de contado que fué una guerra de aliados mal unidos, llevada adelante sin vigor y sin unidad, por un general irresoluto y mediano como el duque de Brunswick. Castelar engran-

dece el suceso cuanto puede para abonárselo en cuenta á la memoria de Danton y Robespierre ; pero como el segundo de esos personajes no es de su especial predileccion, establece inmediatamente un paralelo, en el cual entre otras cosas dice : « el uno (Robespierre) era el maquiavelismo, el otro la franqueza de la revolucion ; el uno era conspiracion, el otro guerra ; el uno egoísta en sus impulsos más humanos, el otro *generoso en sus crímenes más abominables*. » ¿ Es esto escribir historia ? ¿ es esto estudiar desapasionadamente los sucesos pasados ?

Pero Castelar también más que filósofo y más que historiador, es un sectario. Tiene su idea que es la forma republicana federal, (1) única solución posible para todos los pueblos y naciones, cualesquiera que sean sus aspiraciones, cualesquiera que sean sus especiales circunstancias. La Revolución francesa de 1793 llevó á la Francia, primero á la monarquía, y luego al Cesarismo, no por sus crímenes, no por su intolerancia feroz, no por la presunción teórica y la ignorancia práctica de sus jefes, ni mucho menos por la falta de la educación necesaria en las masas ; nó ; según Castelar, se perdió exclusivamente por *falta de espíritu federal*. Esa civilización moderna que es democrática, á despe-

(1) Eso era en 1872, fecha de este escrito ; ahora es muy diferente, y puede decirse sin exageración : *Quantum mutatus ab illo!*

cho de las excomuniones y los ejércitos, no sería, si se siguieran estrictamente los principios de Castelar, más que la sustitución de un fanatismo por otro. Fuera de la República federal no hay salvación, dice él, como dicen otros que no la hay fuera de la Iglesia Católica, y el progreso entre ambos extremos no es tan grande como parece.

De esta manera vive constantemente en una atmósfera artificial. Piensa y siente como un francés ; hablando de Ledru-Rollin dice en estos artículos : « ha sido desde 1832 *nuestro* primer tribuno, *nuestro* mejor orador. » Cuenta los sufrimientos de los republicanos en Francia, los horrores de la toma de París por Mac Mahon, con la más vigorosa indignación, con lástima profunda, con patética elocuencia.

Bastaría esta circunstancia para aquilatar el valor real, filosófico de las teorías republicanas de Castelar, si ellas en sí mismas por su exclusivismo y exageración no se hicieran desde luego sospechosas para los que viven en América ; pero va tan lejos el Sr. Castelar, que en estos artículos dedicados á anglo-americanos, no vacila en estampar la siguiente aventurada y decisiva afirmación :— « El escritor francés Larroque (habla Castelar) propone en su libro suprimir la presidencia en las repúblicas, *en lo cual tiene razón* porque la presidencia de un solo ciudadano *conducirá siempre á la monarquía*. » ¿ Porqué ?—No lo dice ; pero repetidas

en Nueva York, en inglés, y en medio de una campaña presidencial, suenan estas palabras como proferidas por un insensato.

Era preciso decir y muy claro la razón por que ha de conducir siempre la presidencia de un ciudadano á la monarquía. Cuanto dijera nuestro autor en un periódico norte-americano podía pasar sin demostración, y aún aceptarse, si se quiere, bajo la garantía de su nombre,—ménos esa aserción. Dentro de cuatro años contarán un siglo de existencia los Estados Unidos, en cuyo término han sido gobernados por diez y ocho ó diez y nueve Presidentes simples ciudadanos, y ni uno de ellos ha revelado deseos ni tendencia á la monarquía, á pesar de que tres por lo ménos, Washington, Jackson y Grant, han debido su elección á proezas militares. La afirmación es además por su esencia de las que necesitan prueba inmediata y satisfactoria, porque los ejemplos contrarios son abundantísimos, donde quiera que el ensayo se ha hecho *de buena fe*.

De buena fe, decimos, porque no es posible colocar en esta categoría la experiencia de Francia y la elección de Luis Napoleón Bonaparte. ¿Quién era ese personaje ántes de 1848? Nadie, un pretendiente que pasaba por tonto ó loco, un aeronauta, un *balloonman*, como dice el historiador de la guerra de la Crimea, que habia hecho dos ascensiones aerostáticas y en la última habia caído de cabeza; á quien sus compa-

triotas eligieron para que diera golpes de estado y se hiciera emperador, si podía; por el solo título de ser sobrino del déspota más insolente que conoce la historia después de la caída del Imperio Romano. Hoy mismo, Thiers no es un presidente de buena fe, con sus facultades dictatoriales, su presencia constante en la Asamblea, y la incesante tiranía de su opinión personal, que impone con la amenaza de renunciar el puesto en caso contrario, y advirtiendo minuto por minuto á la República Francesa, que no se está gobernando por sí sola, que va gobernada por un hombre depositario de sus destinos.

No es eso lo que en América se llaman repúblicas ni presidentes. El día en que los republicanos de Francia (y lo mismo de España é Italia) no sean tan declamadores ni tan pagados de sofismas, como lo han sido siempre en su inmensa mayoría; el día en que no hagan, como el señor Castelar, distinciones sutiles, inútiles é inexactas, del género de la siguiente, que hallamos en estos artículos: «el nombre de Washington debe incluirse entre el de los grandes ciudadanos *más bien que entre el de los grandes héroes*;» el día en que piensen que no hay heroísmo mayor que el deber público honrada y lealmente cumplido, y reconozcan que Danton y sus compañeros fueron hombres que perdieron el sentido y la noción de la justicia y el deber, y asesinaron por casi un siglo la idea republi-

cana en Francia,—ese día verán que la presidencia de un «solo ciudadano» no conduce forzosamente á la monarquía.

Nueva York, Julio de 1872.

UNA TRAGEDIA GRIEGA

POR

UN POETA CUBANO

ARISTODEMO. Tragedia en cinco actos y en verso, por
JOAQUIN LORENZO LUACES. Habana : 1867

NECESITAMOS comenzar este juicio crítico afirmando que no entra en nuestro credo literario ningun espíritu exclusivo de sistema, y que, al contrario, por instinto y por conviccion, hemos tratado siempre de dar á nuestros principios toda la latitud de que podian ser susceptibles, sin caer en el absurdo ó la extravagancia. No sentimos ciega predileccion por ninguna forma de verso ó prosa, ni tampoco por esta ó aquella literatura. No nos contentamos con pensar, como Boileau, que todos los géneros, ménos el fastidioso, son buenos y aceptables; pensamos que todas las formas que caben en cada uno de los géneros, la nueva y la vieja, la indígena y la extranjera, la simple y la